

## TRANQUILA, ES NORMAL

¿Por qué había dicho eso? Era una persona tímida, se sintió incómoda. No estaba acostumbrada a hacer comentarios de ese estilo. ¿Se reirían sus compañeros? ¿Cómo se lo tomarían? ¡Ah! Lo había olvidado, todavía nadie la conocía. Podía empezar de nuevo, ser distinta. Pero ¿eso significaba dejar atrás la persona que era? ¿Iba a cambiar completamente o solo algunas cosas? ¿Cuáles? ¿Se iba a dar cuenta de que cambiaría o esos cambios se darían naturalmente?

Todas estas preguntas volvieron a llenar la mente de Agustina después de hacer ese comentario. Estaba en clase de Lengua, su tercer y último día presencial de la primera semana en la facultad. Se estaba enfrentando a preguntas así desde hacía ya varios meses, pero todavía no encontraba respuestas. En la escuela habían dicho que “los procesos de cambio son normales”, que “la vida se trata de seguir creciendo” y que “cada nueva etapa conlleva un desafío”; pero esto le parecía simplemente un cliché. Todos repetían estas frases, una y otra vez, incluso sus padres, y también en los medios. Agustina no quería encontrar consuelo en ellas.

Ella no consideraba nada normal. Lo que estuvo pasando los últimos años no era normal, lo que estaba pasando actualmente tampoco era normal y lo que veía venir para el futuro tampoco sería normal. Esta palabra, “normal”, también estaba siendo muy usada, hacía ya dos años que la gente la decía con frecuencia. Sus profes, los medios, el presidente. Sin embargo, todavía no entendía este término, solo sabía que lo que describía era incierto. Aunque le disgustaba detenerse a pensar en esto, (como sabemos, odiaba los clichés y la discutida “nueva normalidad” era uno) no podía evitarlo, quería entender lo que le pasaba, encontrar lo que calme su mente agitada por dudas. Tal vez la solución era aceptar que todo era normal.

Su vida podía describirse como normal, no era nada fuera de lo común. Tenía a su familia, iba a la escuela, hacía deporte y se juntaba seguido con sus amigos. Entonces “normal” significaba hacer lo que hace la mayoría. Este año por fin comenzaba la facultad, empezaba algo nuevo. Lo normal.

Pero cuando miraba hacia atrás, veía esa normalidad muy lejana. Todo había cambiado. Aunque el tiempo pasaba, no podía detenerlo. Agustina pensaba en cómo había sucedido todo tan rápido, estos cambios a los que temía, sumado a otros que desconocía, habían llegado, ninguno con retraso, todos justo a tiempo, esperando a ser recibidos. Mejor dicho, no, no esperaban hasta que estuviera lista para recibirlos, simplemente la forzaban a que los acepte. Ojalá todo hubiera sucedido normalmente.

Pensaba en cómo antes la mayoría de las personas estaba tranquila, llevando su vida con normalidad y, ahora, ya nadie sabía a qué llamarle así. Recordaba cómo se enteró de que había un virus que amenazaba a la población. Vio memes en internet, una que otra noticia en la tele, escuchó algún que otro comentario sobre que los chinos comían murciélagos. Al cabo de unos días, ya todo Instagram estaba plagado de publicaciones acerca del coronavirus, hasta se habían sacado canciones con este nombre. Todo el mundo hablaba de esto, ya no era “algún que otro comentario”. Ahora los chinos y los murciélagos tenían la culpa de la pandemia. El presidente inmediatamente declaró la cuarentena al conocerse los primeros casos de infectados en el país, y desde entonces, dos años más tarde, lo que era normal se había perdido. Ahora, era

normal comprar barbijos que combinen con tu ropa, andar con alcohol en gel en el bolsillo, limpiarse los pies antes de entrar a cualquier lugar, quejarse de la cuarentena en todas las conversaciones, las noticias sobre los papelones en reuniones por Zoom y preguntarse “quién se hubiera imaginado que algo así iba a pasar”. Y sí, también le disgustaba pensar en todo esto, y preguntarse, además, en qué momento la normalidad anterior se había hecho tan diferente a la nueva.

Agustina no podía negar que empezar la Universidad también hubiera sido empezar una normalidad distinta, pero eso no evitaba que la situación le molestara. Sí, no era solo temor y dudas sobre el presente y el futuro, sino también era enojo por el pasado. Durante primer año de pandemia, estaba aliviada pensando en que por lo menos se libraría de cursar sexto año virtualmente, estaba contenta de poder seguir con la ilusión y esperanza de que el último año de secundaria iba a ser el mejor. A medida que fue terminando el año, la pandemia seguía azotando al mundo entero y ya hasta le parecía egoísta que le entristeciera algo tan trivial como perder la presentación de la ropa de la promo, la fiesta de la primavera o la cena de egresados al año siguiente. Había cosas más importantes pasando en el mundo: aumentaba la pobreza, el hambre, los casos de coronavirus y las muertes. Las marchas y las protestas por diferentes motivos no se habían detenido. La gente perdía sus trabajos. Los locales cerraban. Los hospitales estaban repletos. Pero claro, Agustina vivía su propia nueva normalidad, cursando la facultad mitad presencial, mitad virtual; juntándose en bares con amigos y comprando lindos tapabocas.

Le enojaba lo normal. Era algo que se debía aceptar por la fuerza, así como los cambios que llegan en la vida, concluyó Agustina. ¿Cómo podía eso dar consuelo en un principio? Cuando expresaba sus temores acerca del futuro, generalmente a los adultos, pero a veces también a sus propios amigos, estos respondían: “es normal” (es normal que se responda “es normal”, ¿no?). Es normal que la gente se consuele pensando que lo que pasa es normal; es normal que la gente se sienta mejor cuando alguien le dice “tranquilo, es normal”; es normal que las cosas cambien y te veas obligado a cambiar vos también. Es normal que la vida continúe aunque exista una pandemia. Claro, es normal.

Agustina llegó a casa frustrada, porque estos pensamientos todavía invadían su mente. Su mamá la esperaba con unos mates y su hermano, para pedirle ayuda con la tarea. Su hermana estaba en clases, como todas las tardes, pero se alegró al verla llegar. A pesar de que pasaba mucho tiempo en su casa, siempre estaba contenta de volver. Al final, la normalidad de la vida familiar sí era confortante.

Esa noche se durmió temprano, estaba cansada. Ya no había nada que pensar, todo la llevaba hacia el mismo lugar y sabía que al despertar al día siguiente tendría que afrontar la normalidad una vez más. Sinceramente, no quería tomar ninguna decisión, sabía que no se hacía todas estas preguntas con el fin de hallar verdaderas respuestas. Entonces entendió que así no podría luchar contra lo normal. Estaba conformándose con lo mismo: es normal tener dudas, temor o frustración. Es normal quejarse. Algo en ella decía “es lo que hay, así es la vida, ¿qué crees que podés hacer al respecto?”. Despertó en la mañana con algo que también la asustó. ¿Por qué razón debería levantarme de la cama hoy? ¿Cuál es el punto? -“Esto es lo que puedo hacer...”-pensó- “...simplemente seguir viviendo”-. Seguir viviendo. Era tiempo de reconciliarse con la normalidad, quizás. Pero ¿cómo? Tal vez era viendo las cosas buenas que son las más

normales, sí, porque “la felicidad se encuentra en las pequeñas cosas”. Tal vez con la esperanza de un futuro, sí, porque “hay algo bueno esperando a la vuelta de la esquina”. Tal vez con la convicción de que al final todo iba a estar bien, sí, porque “esto también va a pasar”. Conocía cada una de esas frases de memoria, pero no entendía, por qué por fin estaba sintiendo alivio, su perspectiva estaba cambiando. Tal vez era “parte de crecer”. El caso es que Agustina ahora estaba confiada y seguiría viviendo. Tal vez le intrigaba pensar qué nueva normalidad esperaba a la humanidad esta vez.

Encontró una respuesta más convincente cuando pensó que realmente nada es normal. El mundo había estado demostrándose una y otra vez, las personas lo decían aún sin pronunciar palabras, ¡nada es normal! La pandemia lo decía: no existe la normalidad. Pero la solución era la misma, debía seguir viviendo. Seguir viviendo para no ser una persona normal, no llevar una vida normal, no hablar como alguien normal, no mirar los cambios como algo normal, no evaluar las cosas de forma normal, no tener amigos normales, no tener un futuro normal. No, no desperdiciaría su existencia persiguiendo la cómoda normalidad. Debía seguir viviendo.

Ana Julia